

# Mujeres mapuche y huertas andinas: espacios de fertilidad, soberanía y transmisión de saberes

Antonia Barreau D. & María Ignacia Ibarra E.

## Resumen

De acuerdo a la información existente, mujeres de diversas sociedades indígenas se han dedicado al trabajo en la huerta conformando dicho espacio en una fuente de satisfacción de necesidades alimentarias. Sin embargo, el presente artículo tiene como objetivo mostrar que, además, este lugar –vivido y multipropósito– facilita el fortalecimiento del tejido social y la identidad de las mujeres mapuche, y puede albergar un sistema de conocimientos multidimensional. Simbólicamente, en la huerta se observa lo significativo que resulta ser el rito de la crianza en el que plantas y humanos se nutren mutuamente en sucesivas generaciones. La huerta ha sido un espacio en donde las mujeres mapuche han sabido salvaguardar conocimientos y prácticas tradicionales, y también reforzar la soberanía alimentaria. Finalmente, la huerta se plantea como un lugar en donde las mujeres mapuche se afirman en su autonomía cuando deciden qué producir, cómo hacerlo y para quiénes, lo que va de la mano con el derecho a tener un espacio de tierra para desenvolverse y desplegar sus conocimientos. El presente capítulo intenta ser un estudio indagatorio con respecto a mujeres y huertas en territorio mapuche, basado en una exhaustiva revisión bibliográfica y de fuentes secundarias, trabajo etnográfico y el relato de tres huerteras mapuche de la zona andina de la Araucanía.

*¡Siempre me ha gustado la huerta! Es bonito tener huerta, porque una es la dueña de casa, es un orgullo tenerla. Si un día estoy enojada, me sirve ir a la huerta, porque se relaja una. Porque o sino una se quedaría encerrada. Todos me felicitan por mi huerta. Tengo mis secretos y no los comparto. Con la Rosa sí, mi hija. Y las verduras las compartimos con los hijos (Hilda Cariman, Coailaco, 2017)<sup>±</sup>.*

## **Las huertas como espacio de trabajo *doméstico***

Vasta literatura y evidencia empírica muestra que mujeres de zonas rurales e indígenas de Latinoamérica trabajan la tierra desde tiempos inmemoriales, siendo la huerta un espacio de construcción y reproducción de saberes ancestrales transmitidos de generación en generación; un lugar de vida familiar y a la vez íntimo en donde, día a día y cotidianamente, ellas desarrollan su identidad y espiritualidad (1–3).

Las mujeres indígenas y no indígenas que viven en sectores rurales, en su gran mayoría, se ocupan del ámbito doméstico y la extensión de éste. En este espacio, las mujeres se encargan de producir alimentos a pequeña escala, preocupándose de las huertas y cría de ganado. Silvia Federici plantea que las mujeres son *las agricultoras de subsistencia del planeta* (4), ya que son ellas las que producen la mayor cantidad de alimentos que luego consumen sus familiares (directos e indirectos) o los que se venden en mercados locales. Aunque no consideren a la tierra como un medio puramente de producción, de igual manera se le reconoce su importancia como recurso de subsistencia y apoyo a la economía familiar. Sin embargo, en Chile y en la mayoría de los países latinoamericanos esta dimensión es invisibilizada, ya que todo lo que las mujeres realizan dentro de su espacio doméstico se considera no productivo, por lo que sus tareas no se toman en cuenta como *trabajo* sino que como tareas domésticas circunscritas a una esfera privada e invisible (5). Esta situación, que se relaciona directamente con la *división sexual del trabajo*, es decir, la asignación de

roles y tareas según el sexo biológico de cada persona (6), se agudiza en sectores rurales. Como plantea Claudia Korol, investigadora y pensadora feminista argentina:

[En América Latina] La población rural asciende a 121 millones de personas, lo que corresponde al 20% del total de la población. De este total, 48% son mujeres (58 millones), que trabajan hasta 12 horas diarias a cargo de la huerta, de los animales, recolectando y cocinando alimentos, criando a niñxs, cuidando a personas mayores y a enfermxs, entre muchas otras tareas (...) (1:10).

Además, según el Observatorio Centroamericano Mujeres y Tierra, así como también las múltiples encuestas de uso del tiempo dentro y fuera del hogar (1), las jornadas de trabajo se extienden ampliamente, es decir, ellas destinan casi todas las horas del día a trabajar en el espacio doméstico, siendo responsables del 90% de la producción de alimentos para las familias rurales (2).

## **Huertas en territorio mapuche**

Si nos adentramos en tierra mapuche, al sur del continente latinoamericano, se observa una situación similar. En términos generales, la historia de este territorio, localizado entre Chile y Argentina, ha sido una de usurpación y fragmentación desde el proceso de radicación, reducción y entrega de Títulos de Merced (Ley de Radicación Indígena entre 1884 y 1929) hasta el Decreto de Ley No. 2568 (1979) en tiempos de dictadura en nuestro país y un continuo despojo de tierras que aún sigue ocurriendo (7,8). Lo anterior no ha hecho más que reducir y transformar vastos terrenos comunales en pequeños campos individuales, con las consecuentes transformaciones territoriales, de dinámicas sociales y estructuras políticas de la cultura misma (7–9). Hoy en día la mayoría de las familias mapuche rurales viven en predios de unas pocas hectáreas donde intentan coexistir los distintos espacios e instancias productivas (8–10). Sin embargo, tanto los cultivos extensivos de trigo y otros cereales, así como la crianza de ganado mayor, actividades que han sido históricamente de responsabilidad masculina, han ido quedando relegados en estos pequeños campos al necesitar de una gran extensión de tierra para su producción (10). Lo anterior se ha traducido en que, en el campo, el hombre ha salido a buscar trabajo asalariado de tiempo completo

fuera del hogar, siendo las mujeres mapuche las que han conservado sus espacios de trabajo y dominio en la cotidianeidad doméstica. Por tanto, las huertas o *huertalisas*<sup>2</sup>, como pequeños espacios de producción primariamente horticultural, aún se mantienen vigentes en la mayoría de los campos, por reducidos que sean, a pesar de la historia territorial. El ámbito doméstico femenino incluye, no solo las actividades de huerta y chacarería, sino que también el cuidado de los niños y de animales menores. A pesar que las nuevas generaciones admiten que muchas de las tareas que eran género-específicas, son hoy más compartidas, los estudios contemporáneos sobre huertas mapuche coinciden en que es un territorio intrínsecamente femenino (10–16). Las mujeres mapuche, por tanto, han podido salvaguardar el oficio de huertera y así darle continuidad al conocimiento tradicional, fuerza a la soberanía alimentaria local y también permitirse un espacio de autonomía.

El presente capítulo intenta ser un estudio indagatorio con respectos a mujeres y huertas en territorio mapuche, a partir de trabajo etnográfico de investigaciones previas (10), una exhaustiva revisión bibliográfica y de fuentes secundarias, y basándonos en los relatos de tres huerteras mapuche en las comunidades de Menetúe y Coilaco de la zona andina de la Araucanía<sup>3</sup>.

## **Mujeres mapuche y huertas: funcionalidad y percepciones**

Como podemos observar, las huertas de las mujeres mapuche tienen generalmente asociado un rol alimentario, no obstante, es un espacio que se desarrolla como lugar vivido, definitivamente multi-propósito y que alberga un sistema multidimensional de conocimientos. De acuerdo a la literatura, esta pluri-funcionalidad y su compleja estructura son las que permiten proporcionar diferentes beneficios a las personas y a los ecosistemas (17,18). En la huerta conviven cientos de especies de plantas con valor alimentario (incluyendo las aromáticas), así como también muchas de valor medicinal y/o especies que cumplen ambos roles (19). Asimismo, no es coincidencia que la

---

<sup>2</sup> Neologismo mapuche comúnmente utilizado por personas ancianas, combina las palabras “huerta” y “hortaliza”.

<sup>3</sup> Durante el 2017 Se realizaron entrevistas abiertas a tres huerteras de las comunidades de Menetúe y Coilaco (ambas de la zona andina de La Araucanía) a fin de enriquecer y contextualizar el presente capítulo. Asimismo, Barreau realizó trabajo etnográfico en el área durante seis meses entre noviembre 2012 y abril 2013.

mayoría de las huertas parezcan hermosos jardines con un sinnúmero de plantas con flores con fines ornamentales, sino que responde al esmero de la huertera de tener un espacio de trabajo estéticamente agradable, fragante y que además embellece el paisaje-hogar (20). Las flores, asimismo, nutren los floreros al interior de las casas y adornan descansos (memoriales de antepasados situados en los campos) y tumbas de sus parientes en los *eltun* o cementerios trascendiendo el espacio de la huerta (21).

*Las flores de la huerta las tengo para poner bonito, también para los descansos...* (Hilda Cariman, Coilaco 2017).

*Porque cuando una siembra y después están las plantitas naciendo, y ese verde y ese olor que uno recibe al ir allá es como algo tan satisfactorio. Esos olores tan hermosos que lo vienen a buscar a la puerta cuando uno abre... me da alegría eso y me siento bien* (Patricia Ayelef, Menetue 2017).

También existen muchas especies vegetales de uso tintóreo para teñir la lana de oveja que luego es tejida a telar y/o palillos en prendas y objetos decorativos. Es posible igualmente encontrar plantas dispuestas en lugares estratégicos que cumplen un rol protector sobre las demás al repeler insectos considerados nocivos o plagas. Las huertas de familias apicultoras a menudo incluyen plantas melíferas para mejorar su producción o simplemente para atraer abejas que le ayudan a la polinización de la huerta y el campo en general. Es también común que en la huerta se cuiden plantas y cultivos utilizados en rituales y ceremonias, por ejemplo plantas que son sacrificadas en el *nguillatun*, como también otras especies con propiedades mágicas o utilizadas como oráculos (10,11,20,22). Esto implica la percepción de plantas y semillas como seres con agencia, lo cual es concordante con lo planteado por Melineo, “*El mapuche concibe que todos los animales, plantas, ríos, montes y el ser humano poseen un espíritu: aquel que les da vida y aliento*” (22–24).

*Para San Juan se siembra un puñadito de diferentes semillas en un lugar de la huerta, las que dependiendo de cómo se crían, es como vendrá la temporada de huerta* (Patricia Ayelef, Menetue 2017).

También, de acuerdo a Celis (12), hay algunas plantas que simplemente le recuerdan a la huertera alguien especial que le regaló una matita o semilla, o con quien en algún momento compartió esta vocación y sus conocimientos de cultivadora.

## **Significados culturales en torno a las huertas mapuche**

Si logramos trascender la materialidad de la huerta y miramos a través de lentes sociales y simbólicos, nos damos cuenta de que la huerta es un escenario donde ocurren procesos de vital importancia. La huerta es un espacio fundamental de transmisión de conocimientos y saberes de generación en generación, o entre pares. El sofisticado conocimiento y manejo de la huertera se transmite *in situ* en el “huertear”, es decir, en el trabajo mismo de la huerta (10–12,25).

*Siempre me gustó trabajar la huerta. En la casa nos hacían hacer los tablones y ahí teníamos que regar las plantas. Yo tenía mi espacio dentro de la huerta, las plantas de mi mamá eran otras. Mi mamá igual me enseñaba y ahí uno va aprendiendo* (Rosa Curimil, Menetue 2017).

También es un espacio donde se dan instancias de reciprocidad y fortalecimiento de lazos sociales, tanto familiares, de amistad como comunitarios, cuando el trabajo es colaborativo o cuando los productos que entrega la huerta son compartidos con otros. El compartir alimentos, semillas y plantas para la siembra, es indicador de una confianza entre las personas y de la existencia de una reciprocidad popularizada que les asegura a las mujeres el recibir estos mismos u otros regalos en caso de necesitarlo (11,26).

La huerta también es la base de la soberanía de semillas donde se mantiene la reproducción y conservación de semillas de especies y variedades locales y por ende permite que estas variedades se perpetúen en el tiempo en manos de mujeres curadoras de semillas (especialistas en el cuidado y resguardo de las semillas vinculadas a distintos territorios), de una familia o localidad (16). Los *trafkintu* son encuentros locales de organización endógena para el intercambio de semillas y la socialización de conocimientos agrícolas, donde participan principalmente mujeres (16,27). Son, por lo tanto, encuentros bioculturales por excelencia, y son posibles

gracias a cientos de mujeres y sus huertas que, actuando como reservorios y curadoras de semillas, conservan año tras año variedades únicas. El *longko* Pascual Coña menciona el *trafkin* como “una institución de amistad entre mujeres basada en el intercambio de regalos”, que refuerza las redes de afecto y de apoyo entre mujeres huerteras (26).

## **Huertas mapuche: soberanía alimentaria, espiritualidad y sanación**

Asimismo, los productos de la huerta son una parte clave, sino medular, de la economía y soberanía alimentaria del hogar. No solo aporta alimentos de forma directa, sino que, como puede observarse en la literatura citada y en las entrevistas realizadas, los ingresos generados por las ventas de los excedentes de la huerta, al hacer una contribución monetaria al hogar, permiten adquirir aquellos bienes que no son producidos en los campos. Lo anterior, cuando es reconocido por los demás miembros del hogar, se traduce en más respeto y por ende mayor poder en la toma de decisiones por parte de las mujeres (28). Y adicionalmente, son estos productos de las huertas que se abren al resto de la comunidad, los que refuerzan la soberanía alimentaria local-regional. En consecuencia, una mujer reconocida por ser “muy huertera” y, por ende, muy hábil en el cultivo de hortalizas y otras plantas, implica explícitamente el orgullo de proveer a su familia y implícitamente el contribuir a la soberanía de semillas y alimentos a diferentes escalas espaciales.

La huerta también se asocia, de acuerdo a las propias huerteras, con un sentimiento de bienestar. Lo anterior se traduce en un estado complejo que involucra un estado físico, emocional, social y espiritual. El “huertear” involucra muchos factores que pueden actuar de forma positiva en el sentirse bien a pesar del arduo trabajo que implica; desde el solo hecho de estar en contacto con la naturaleza lo cual ha sido ampliamente estudiado, hasta el descubrimiento y la satisfacción de crear vida (29,30). A lo anterior, le podemos agregar el orgullo de aportar al hogar y la comunidad.

*Yo siento mucha alegría de ir a la huerta. Me encanta estar ahí, me agrada, me siento bien...aparte que voy con dolores pero me pongo a trabajar y se olvida*

*todo. Me gusta porque estoy sintiendo que estoy haciendo algo muy útil. Es como una terapia... Las plantas medicinales también, tú de repente andas muy estresada y vas, agarras una hoja de esas, y por cosas de no sé qué te la llevas a la nariz, y el olor aromático te hace sentirte bien. O mirar las flores que son bonitas, te llaman la atención... Las abejas... Todo es vida. Sirve mucho, se deja de pensar en los problemas (Patricia Ayelef, Menetue, 2017).*

Sean los colores, aromas, sonidos, el ejercicio físico, el cuidar de otros o simplemente el hecho de tener un propósito y significado en el “huertear”, la huerta se presenta como un espacio sanador. No es coincidente entonces, que existan en el ámbito privado como institucional, diversos proyectos que utilizan la huerta con fines terapéuticos (30–33). Según Stuart-Smith (31), “la huerta ofrece un lugar íntimo donde el ruido de fondo se desvanece y la mujer, en su mundo, puede escapar de los pensamientos y juicios de otras personas, de modo que dentro de una huerta hay, tal vez, más libertad para sentirse bien consigo misma”.

Existe, sin embargo, una dimensión más íntima y menos estudiada, que circunda a la mujer y la huerta: ¿qué importancia tiene la huerta para la espiritualidad e identidad de la mujer que la trabaja?

Así como cada mujer es única, cada huerta como recreación personal de la naturaleza es distinta y tiene su propia identidad y modo de ser (12). Algunas mujeres son más adeptas a las flores, otras que son conocidas como curanderas tendrán más plantas medicinales, las tejenderas tenderán a incorporar plantas tintóreas y así. Además, cada familia prioriza los cultivos de acuerdo a sus gustos alimentarios. En el ordenamiento territorial y diseño de la huerta también se devela la identidad y creatividad de la huertera. El cultivo cuidadoso y personalizado de plantas está cargado de percepciones, emociones e intuiciones, por lo que la huerta podría pensarse como un espejo o espacio mimético de quien la prepara y cuida, así como del ecosistema natural donde se encuentra, bajo la concepción personal del paisaje habitado (12,20,23,34). Debido a esto es que su construcción, como parte de la identidad de la



huertera, es incesante y nunca terminada (12). Y al ser estacional, cada temporada la huerta se renueva reflejando la trayectoria de las mujeres quienes, durante el periodo de descanso, pueden haber creado nuevos lazos con otra huertera, adquirido nuevos conocimientos, diferentes semillas y una que otra nueva matita, símbolo quizás de una nueva relación de amistad.

### **La huertera y sus otros “hijos”**

La huerta ha sido y sigue siendo un espacio femenino de directa interacción con la naturaleza y donde reina la fertilidad. Al recorrer una huerta y conversar con la huertera nos adentramos en un espacio de relaciones horizontales de cohabitantes de la tierra. Los diferentes cultivos y plantas son mencionados como “ella” o “ellas” y presentadas como un ser no-humano, coincidentemente también femenino, que tiene un origen identificable, una fecha de nacimiento, necesidades especiales además de afinidades con otros seres no-humanos. Esto es coincidente con lo descrito por Peralta y Chehuicura donde, mediante ceremonias cotidianas en la huerta, las plantas son cuidadas con oraciones, conversaciones, cantos o palabras de bienvenida a la nueva planta que ingresa a la huerta (16,20). De acuerdo a Mellado (11), para los mapuche de Neltume las semillas y las plantas no son consideradas objetos, sino en su integridad como otros seres presentes en la experiencia cotidiana. Lo anterior respalda los planteamientos animistas de Descola (35,36) y el perspectivismo de Viveiros de Castro (37).

*Yo pienso que como cuando uno era chica y la mamá estaba en la huerta y una también, la huerta es como una... cuando una abrió los ojos ya estaba con la mamá ahí. Yo creo que cuando una ve sus plantitas salir, subir y cosechar es como las mamás cuando está con sus crías... yo creo que por ahí va, se siente muy de una (Patricia Ayelef, Menetue, 2017).*

Entonces, este recorrido por la huerta se transforma en una apertura en el horizonte epistemológico sobre las interrelaciones entre seres humanos y no-humanos. Allí se percibe la estrecha relación de la huertera con “sus hijos” a los que cada año engendra, nutre y cuida, y que en la reciprocidad del sistema nutrirá a la huertera y a

su familia. El rito de la crianza, como lo propone Celis, en este espacio es holístico; donde plantas y humanos se crían y nutren mutuamente en sucesivas generaciones de ambas especies (12). Las mujeres poseen la disposición en su naturaleza de gestar y parir, lo cual ha generado en ellas que existan expectativas sociales con respecto a su fertilidad, a responder al patrón cultural de ser madres y dar continuidad a sus linajes y familias. Ellas son vistas como símbolos de lo reproductivo: “plantas con muchos frutos son como mujeres con muchos hijos” (11). A partir de regalos e intercambios de productos, ellas generan lazos comunitarios y relaciones de reciprocidad que se basan en la percepción de ser cuerpos fértiles y de abundancia.

### **Huerta como espacio político-comunitario**

El trabajo en la huerta por parte de las mujeres se relaciona con una posición en donde ellas pueden dialogar, negociar y consensuar con sus parejas, con sus familias y así también en la misma comunidad, dándoles la posibilidad de establecerse como sujetos en equilibrio de poder frente a los *otros* (38). Las mujeres se dan cuenta que pueden valerse por sí mismas, se afirman en su autonomía.

*Mi huerta es reconocida. Acá en el campo todas las mujeres hacen huertas. Los hombres se dedican a hacer el abono, a picar la tierra, la pega pesada. La mujer es la que decide qué es lo que se pone, es la jefa de la huerta, y los hombres lo saben (...) Los hombres antiguamente no ayudaban, porque antes ni un pañuelo lavaban. Las mujeres se hacían cargo de toda la casa, de ir a buscar el agua... Ahora es más compartido. Un hombre no machista puede ser buen huertero, mi hijo lo es (Hilda Cariman, Coilaco 2017).*

Así, la huerta como espacio doméstico y familiar, es un lugar en donde se reconoce a las mujeres su poder político y comunitario.

“Las mujeres mapuche, en procesos de empoderamiento de sus cuerpos, de sus territorios y de sus organizaciones, han venido reinterpretando las relaciones de género, y revisando los elementos de sus tradiciones que pueden

tener un papel opresor de la mujer, reafirmando aquellos elementos tradicionales que consideran potencialmente emancipadores” (39).

La huerta ha sido un espacio donde las mujeres mapuche han sabido salvaguardar conocimientos tradicionales y darle fuerza a la soberanía alimentaria. Finalmente, se plantea que es un lugar en donde las mujeres mapuche se afirman en su autonomía cuando deciden qué producir, cómo hacerlo y para quiénes, lo cual va de la mano con el derecho a tener un espacio de tierra para desenvolverse y desplegar sus conocimientos. En una cartilla popular proclamada por ANAMURI<sup>4</sup> se plantea:

“La soberanía es tener el poder de tomar nuestras propias decisiones, llevar una vida digna, un buen vivir en conexión con la tierra, asegurando la alimentación de nuestras familias e ingresos económicos adecuados para quienes trabajan la tierra”.

Destacar y reconocer los roles que han practicado las mujeres en el espacio de la huerta da cuenta que, más allá de ser una participación comunitaria “pública”, existe aquella que se da dentro de los espacios íntimos y cotidianos, que son lugares en donde las prácticas llevadas a cabo por mujeres son fundamentales en la comunidad, siendo la huerta un lugar con gran potencial emancipador. El ejercicio político y de autonomía de las mujeres mapuche que se lleva a cabo en este espacio, en donde se observa el principio soberano de *hacer política* (en términos clásicos de organizarse socialmente para buscar el bien común), se traduce en la salvaguardia de conocimientos tradicionales que se transmiten de generación en generación y en el fortalecimiento de la soberanía alimentaria de sus familias y comunidades. De esta forma, se reafirma el vínculo que existe entre ellas y la tierra que trabajan. El espacio doméstico y público, al momento de trascender aquellas fronteras culturales creadas en occidente, comunitariamente se funden y generan otro tipo de participación en donde las mujeres tienen mucha actividad, aportando elementos claves para la autonomía de los pueblos.

## **Agradecimientos**

---

<sup>4</sup> Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas, <http://www.anamuri.cl/>.

Agradecemos enormemente a Patricia Ayelef, Rosa Curimil e Hilda Cariman quienes nos recibieron de forma tan generosa en sus casas para conversar, tomarnos un mate y recorrer sus huertas. Igualmente, les damos las gracias a todas las mujeres huerteras pertenecientes a la Comunidad Indígena *Rayen Lelfun* en Menetue. Todas han nutrido y hecho posible este escrito.

### Literatura citada

1. Korol, C. 2016. Somos tierra, semilla, rebeldía: mujeres, tierra y territorio en América Latina. Coedición de GRAIN, Acción por la Biodiversidad y América Libre.
2. Zuluaga, P. 2011. El acceso a la tierra: asunto clave para las mujeres campesinas en Antioquia, Colombia. *Revista Facultad Nacional de Agronomía Medellín* 64(1): 5949–60.
3. Vandana, S. 1991. *Abrazar la vida: mujer, ecología y supervivencia*. Instituto Tercer Mundo, Montevideo, Uruguay.
4. Federici, S. 2014. *La inacabada revolución feminista: mujeres, reproducción social y lucha por lo común*. Ediciones Desde Abajo, Bogotá, Colombia.
5. Vivas, E. 2012. Soberanía alimentaria, una perspectiva feminista. *Globalízate: conocer, transmitir, actuar*. Disponible en: <http://www.globalizate.org/evivas090212.html> (visitado en Octubre 20, 2018)
6. Souza, Lobo E. 1986. División sexual del trabajo: el trabajo también tiene sexo. *En GRECMU* (Ed). *Mujer y trabajo en América Latina*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, Uruguay. Pp. 13–26.
7. Bengoa, J. 2000. *Historia del pueblo mapuche*. LOM Ediciones, Santiago, Chile.
8. Toledo Llancaqueo, V. 2006. *Pueblo Mapuche. Derechos colectivos y territorio: desafíos para la sustentabilidad democrática*. LOM Ediciones.
9. Clark, TD. 2011. Putting the market in its place: food security in three Mapuche communities in southern Chile. *Latin American Research Review* 46(2):154–79.
10. Barreau, A. 2014. *Narrating changing foodways: wild edible plant knowledge and traditional food systems in Mapuche lands of the Andean Temperate Forests, Chile*. Tesis de maestría, Faculty of Forestry, University of British Columbia, Canada.

11. Mellado, MA. 2014. ¡Eran raíces! Relaciones sociales en las huertas familiares mapunche del Lago Neltume, Panguipulli. Tesis de pregrado, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile, Valdivia, Chile.
12. Celis, MA. 2003. Conversaciones con el territorio desde la interculturalidad. Las Huertas femeninas como espacio de conversación. Tesis de maestría, Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de la Frontera, Temuco, Chile.
13. Egert, M. & M. Godoy. 2008. Semillas, cultivos y recolección al interior de una familia mapuche huilliche en Lumaco, Lanco, Región de Los Ríos, Chile. *Revista Austral de Ciencias Sociales* (14):51–70.
14. Gengnagel, VA. & CF. Manriquez. 2004. Importancia de la mujer mapuche campesina en el resguardo de la seguridad alimentaria familiar en los territorios de Queule y Melipeuco. Tesis de pregrado, Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de La Frontera, Temuco, Chile; 2004.
15. Grimalt, V. 2011. Caracterización de las huertas caseras y variedades tradicionales cultivadas por familias mapuche de la comuna de Villarrica. Tesis de pregrado, Facultad de Agronomía e Ingeniería Forestal, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.
16. Peralta, C. & M. Thomet (Eds). 2013. Curadoras de semillas: el arte de conservar semillas. Ediciones CETSUR, Temuco, Chile.
17. Birol, E., G. Bela & Smale, M. 2005. The role of home gardens in promoting multi-functional agriculture in Hungary. *EuroChoices* 4(3):14–21.
18. Galluzzi, G. P. Eyzaguirre & V. Negri. 2010. Home gardens: neglected hotspots of agro-biodiversity and cultural diversity. *Biodiversity Conservation* 19(13):3635–54.
19. Ibarra, JT. 2018. Proyecto FIA, Huerta Andina de La Araucanía como patrimonio biocultural: un enfoque agroecológico y agroturístico. Datos sin publicar. Villarrica, Chile.
20. Chehuaicura, N. M. Thomet & I. Perez. 2010. Identificación de criterios utilizados por especialistas tradicionales en la adaptación de la biodiversidad local en comunidades mapuche, Región de la Araucanía (Chile). Innovation and sustainable development in agriculture and food. ISDA 2010, Montpellier, France.

21. Rojas, P., JC. Skewes & MP. Poblete. 2011. Los descansos de Lago Neltume: imágenes de los hitos funerarios del mundo mapuche cordillerano. *Revista Chilena de Antropología Visual* 17:124–45.
22. Gumucio, JC. 1999. Hierarchy, utility and metaphor in Mapuche botany. Uppsala Universitet (Sweden), Ann Arbor, USA.
23. Anderson, EN. 1996. Ecologies of the heart: emotion, belief and the environment. Oxford University Press, New York, USA.
24. Foerster, R. 1993. Introduccion a la religiosidad mapuche. Editorial Universitaria, Santiago, Chile.
25. Citarella, L. 2000. Medicinas y culturas en la Araucanía. Editorial Sudamericana, Santiago, Chile.
26. Coña, P. & E. de Moesbach. 2010. Lonco Pascual Coña ñi tuculpazugun. Testimonio de un cacique mapuche. Pehuen, Santiago, Chile.
27. Colipán, B. 2008. El trafkintu como práctica cotidiana y de recomposición de la memoria colectiva. Disponible en: <http://www.futawillimapu.org/pub/Trafkintu.pdf> (visitado en Noviembre 13, 2018)
28. Patalagsa, MA., P. Schreinemachers, S. Begum & S. Begum. 2015. Sowing seeds of empowerment: effect of women’s home garden training in Bangladesh. *Agriculture and Food Security* 4(1):24.
29. Pryor, A., M. Townsend, C. Maller & K. Field. 2006. Health and well-being naturally: “Contact with nature” in health promotion for targeted individuals, communities and populations. *Health Promotion Journal of Australia* 17(2):114–23.
30. Cox, J. 1995. Personal Reflections on Occupation in the Natural Environment, Health and Well-being. *Journal of Occupational Science* 2(1):36–9.
31. Stuart-Smith, S. 2014. Horticultural therapy: “Gardening makes us feel renewed inside.” Disponible en: <http://www.telegraph.co.uk/gardening/10862087/Horticultural-therapy-Gardening-makes-us-feel-renewed-inside.html> (visitado en Noviembre 25, 2018)
32. Hernández, A de J., F. Martínez, E. Arisbé, T. Flores, G. Flores, J. Garnica & E. Córdova. 2016. Cultivos biointensivos y huertos familiares como terapia de apoyo para minimizar el estrés : empleo de la creatividad como recurso en la preservación de la salud. *En: Memorias del Congreso Internacional de*

Investigación Academia Journals en Ciencias y Sustentabilidad 2016. Veracruz, México.

33. Olivar, Fl. 2010. La horticultura como terapia: el huerto terapéutico en TO con salud mental. Construyendo la identidad ocupacional. *Terapia Ocupacional*. 53:41–41.
34. Finerman, R. & R, Sackett. 2003. Using home gardens to decipher health and healing in the Andes. *Medical Anthropology Quarterly* 17(4):459–82.
35. Descola, P. 2004. La cosmología de los indígenas de la Amazonía. En Surallés, A. & P. Garcia (Eds). *Tierra Adentro: territorio indígena y percepción del entorno*. Editorial IWGIA, Lima, Perú. Pp. 25–36.
36. Descola, P. 2012. Más allá de naturaleza y cultura. Amorrortu Editores, Madrid, España.
37. Viveiros de Castro, E. 2012. Cosmological perspectivism in Amazonia and elsewhere. En da Col, G. & S. Gros (Eds). *HAU Masterclass Series Volume 1*, Cambridge, UK. Pp. 46-168.
38. Ibarra, MI. 2015. Participación comunitaria y política de mujeres en una comunidad mixe: etnografía en San Pedro y San Pablo Ayutla, Oaxaca. Tesis de maestría en Antropología Social, Departamento de Ciencias Sociales y Políticas, Universidad Iberoamericana de Ciudad de México.
39. Painemal, M. & A. Álvarez A. 2016. Mujeres y pueblos originarios. Luchas y resistencias hacia la descolonización. Ediciones Pehuen, Santiago, Chile.